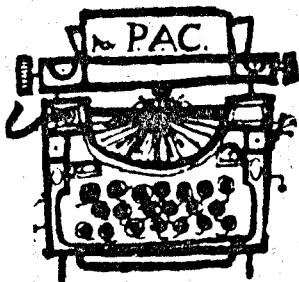


escrito a máquina

Diálogo sobre Tráfico y Política



—Usted una vez hizo un paralelo entre la arbitrariedad política y los accidentes de tráfico.

—Sí. Dije que la política del régimen era una política sin semáforos. Una política de sirenas. Los privilegiados hacen sonar sus sirenas y pasan. El resto del país queda con su tráfico económico embotellado. O peor todavía: nos embotellamos porque en vez de ordenarse el tráfico en beneficio de todos, la autoridad detiene el tráfico de todos para que pasen los que tocan la sirena: los privilegiados.

—Usted dijo que se pudiera hacer un paralelo entre la ola de arbitrariedades y la ola de accidentes.

—Cierto. Y las dos olas (la de la arbitrariedad y la de accidentes) se deben a una misma actitud anacrónica. No se puede manejar un automóvil como se manejaba una carreta o un caballo. No se puede gobernar un país como se manejaba una vieja hacienda chontaleña.

—¿Puede explicarnos ese anacronismo?

—Vamos por partes. Hasta ayer, el hombre del pasado —que todavía lo somos nosotros, nacidos en un período de transición— nunca transgredió la medida orgánica de su cuerpo humano: sus habitaciones, sus embarcaciones a vela o a motor lento, su locomoción a caballo o en carruajes, “eran formas que podía aún abarcar y vivenciar” con sus propios órganos. Todo estaba, más o menos, dentro de las medidas de su control directamente humano. Todo el mundo del hombre, para decirlo simbólicamente, estaba hecho a mano. Pues bien, esa medida humana del mundo se ha roto en nuestro siglo. El ejemplo de los accidentes de tráfico es sólo un estrecho aspecto del cambio y del proceso de adaptación del hombre a ese cambio. El hombre todavía sigue, en muchos órdenes, aplicando sus formas de vida y de conducta de un mundo anterior —hecho a mano— a un mundo distinto, que lo sobrepasa y que lo descontrola. El hombre que guía un automóvil, por ejemplo, sigue conduciendo como si montara un caballo: todavía no ha acabado de asimilar, orgánicamente, la velocidad; aún no ha insertado en su conciencia social la responsabilidad colectiva, responsabilidad que tendrá que imponer —en el hombre futuro—, el nuevo tipo de locomoción multitudinaria y superveloz. El cambio obliga a abandonar una tradición. En el caso de los accidentes, el hombre de DERECHA, el hombre que se vale de la sirena y no del semáforo, sería el rico que, conduciendo su automóvil, se obstinara en manejar a su capricho, confiado en su propia responsabilidad moral. Pero esa responsabilidad moral individual ya no puede, humanamente, guiar la conducta en un tráfico sobrehumano por numeroso y superveloz. Se tiene que adquirir otro tipo de responsabilidad: el colectivo. El hombre tiene que “socializar” su conducta. Si quiere no chocar, no destruir “al otro”, tiene que adquirir una conciencia de izquierda: progresista.

—Es decir, se impone el derecho de los demás sobre el derecho individual.

—Naturalmente!, pero eso sería obvio. En toda sociedad, desde los tiempos más primitivos, se tiende a que el bien común prevalezca sobre el bien propio, o la sociedad desaparece o se rebela. Lo que quería hacerle ver es que el dueño del automóvil aunque apele a una moral “establecida” produce daño. Si apela —para hacerle honor— a la moral del caballero, del hombre a caballo, es un anacrónico porque él es un hombre en automóvil. O sea, lo que quiero subrayar, en otras palabras, es que una moral de caballero puede convertirse en inmoralidad delincuente al cambiar la situación.

—Comprendo. El hombre está pagando con un enorme saldo de vidas el no haber adaptado todavía su sentido de responsabilidad al tremendo cambio operado por la técnica en sus formas de vida social.

—Exacto. Al ver usted cómo los hombres están muriendo como moscas comprende, sin prejuicios, que no puede subsistir por ejemplo, una tradición colonial en el tráfico —una tradición de despreocupación y “real gana”— cuando las condiciones de ese tráfico han variado totalmente. Tampoco se extraña si al planificarse la ciudad se coloca la zona fabril —que infecta el ambiente— alejada de la zona residencial, ni se extrañaría mañana si se prohibieran ciertos tipos de motores y ciertos tipos de combustión porque están envenenando las ciudades del hombre. No diría usted que eso disminuye la libertad del hombre. Lo mismo pasa con respecto a la política. La comunidad nacional ya no es como antes que podía en sus crisis subsistir a retazos, y cada quien podía comer por lo menos frijoles, bajo techo, cuando venía un desastre, porque todo estaba espaciado, porque el mundo era ancho para su población y las formas de producción, de trato y de vida más familiares y fáciles. La comunidad ahora está estrechamente vinculada. No so-

4 - VIENE DE LA SEGUNDA PAGINA

lamente una catástrofe, sino una simple mala administración, trae como consecuencias desempleo, hambre, miseria en extensos sectores.

La vida necesita brotar ahora comunalmemente solidaria o resulta una incontrolable explotación. Cada vez más todos dependemos de todos. ¿Puede, entonces, seguir subsistiendo el viejo tipo de política "de sirena", privilegiada, oligárquica, que mira con criterio feudal la creciente masa de los no privilegiados? ¿Puede seguir Nicaragua soportando una historia sin semáforos donde todo el tráfico nacional tiene que embotellarse para que sólo pase el "Cadillac" de los privilegiados?

PABLO ANTONIO CUADRA